

Vicente Torrijos

Cartografía del conflicto: pautas interpretativas sobre la evolución del conflicto irregular colombiano*

Por **Germán Darío Valencia Agudelo**
Grupo Hegemonía, Guerras y Conflictos
Instituto de Estudios Políticos
Universidad de Antioquia

Llama la atención el concepto de cartografía con que inicia el título de su ensayo, el cual remite a la idea de un trabajo que podría contener mapas geográficos y territoriales sobre el conflicto colombiano, como normalmente se construyen los atlas cartográficos; sin embargo, no lo hace. En su lugar, el texto presenta nueve figuras o mapas conceptuales con los que intenta dar cuenta de su síntesis explicativa al fenómeno analizado. Su intención, como la del resto de comisionados, es triple: a) identificar las causas y orígenes del conflicto —génesis y contexto—; b) presentar los factores que explican su persistencia —parámetros evolutivos—; y c) mostrar los impactos y efectos que ese conflicto ha causado entre la población. De allí que su trabajo siga exactamente este mismo orden, sintetizado en su modelo analítico de la figura 1, Cartografía del conflicto entre el Estado y las OAI (p. 656).

Además del orden expositivo, el autor advierte que su ensayo será un “estudio analítico e interpretativo sobre la naturaleza del conflicto irregular en Colombia”, cuya metodología consiste en estudiar relaciones de fenómenos y variables, y no una recopilación de “datos, cifras, listados o citas bibliográficas sobre el caso”, lo que le permitirá presentar una “visión comprensiva y genuina sobre la evolución del conflicto” (p. 652). Y para construir esta *visión comprensiva y genuina*, Torrijos adopta como estrategia de análisis y de exposición —aunque no lo reconoce explícitamente— de ver al

Esta forma lógica de analizar la política, y particularmente el conflicto armado, se aleja mucho de lo que puede llamarse una visión comprensiva y genuina del fenómeno en cuestión, debido básicamente a dos razones: la primera, es la larga tradición que existe desde la ciencia política y otras ciencias sociales por analizar desde la teoría de juegos este tipo de fenómeno; práctica —que como se señalará más adelante— ha sido retomada por muchos autores colombianos desde hace ya casi dos décadas y que no es reconocida en el ensayo de Torrijos. ”

conflicto armado colombiano como un juego político, compuesto por un escenario —el juego—, unos actores —agentes— y unos resultados —matriz de pagos—.

Esta forma lógica de analizar la política, y particularmente el conflicto armado, se aleja mucho de lo que puede llamarse una visión comprensiva y genuina del fenómeno en cuestión, debido básicamente a dos razones: la primera, es la larga tradición que existe desde la ciencia política y otras ciencias sociales por analizar desde la teoría de juegos este tipo de fenómeno; práctica —que como se señalará más adelante— ha sido retomada por muchos autores colombianos desde hace ya casi dos décadas y que no es reconocida en el ensayo de Torrijos. Y la segunda, las críticas que se le vienen haciendo a este tipo de enfoque analítico, que a pesar de identificar las características esenciales de un fenómeno, tiene limitaciones explicativas debido a su carácter simplista y reduccionista.

La intención en este comentario crítico es llamar la atención sobre las limitaciones que tiene el ensayo del comisionado Vicente Torrijos —en el doble sentido antes enunciado—, lo que lo hace poco comprensivo y genuino. Para el desarrollo de esta idea, el comentario se divide en dos apartados: en el primero se presenta una síntesis del ensayo de Torrijos, donde trata de evidenciar el uso de la lógica analítica de la teoría de juegos para explicar el origen y la evolución del conflicto armado colombiano; y en el segundo, se desarrolla la crítica.

1. La propuesta analítica de Torrijos

La lógica analítica que sigue la teoría de juegos es muy simple: primero se presenta el juego —finalidad— y a los jugadores, y luego los resultados de las interacciones estratégicas de los jugadores (Jiménez, 2008). El ensayo de Torrijos sigue exactamente esta secuencia. Lo primero que hace es presentar al conflicto armado colombiano como un juego que se da “de manera asimétrica entre actores” (p. 653), cuyo propósito es “obtener el control sobre un mismo conjunto de recursos escasos relacionados con el poder político” (p. 656). Se ve al conflicto armado colombiano como un juego donde “las partes usan creativa y dosificadamente, siempre de acuerdo con las circunstancias y el entorno, el mayor número de posibilidades de alcanzar la victoria” (p. 653).

Luego Torrijos identifica a los jugadores y los caracteriza en cuanto a sus discrepancias y similitudes. Es un juego de solo dos actores: “el Estado y las dos guerrillas [...]: las Fuerzas Armadas Revolucionarias [Farc], y el Ejército de Liberación Nacional [ELN]” (p. 652). Torrijos es cauto al señalar e identificar otros actores sociales involucrados en el juego —sociedad civil, población civil, ciudadanos, comunidad internacional, población, élites, dirigentes políticos, empresarios, feligreses, periodistas, gremios y grupos de interés, entre otros—, pero advierte que estos no participan en calidad de jugadores. Discriminación que opera, incluso, para los grupos paramilitares que aparecieron con el “pretexto de contrarrestar unilateralmente el expansionismo guerrillero” (p. 660) y que a pesar de su importancia en el conflicto armado colombiano no los incorpora en el juego.

Estado y guerrillas se diferencian en los propósitos específicos y su naturaleza, pero se igualan en cuanto al comportamiento racional y estratégico que tienen y a la situación de empate militar. Para Torrijos, las fuerzas subversivas: “[...] a pesar de no contar con aviación de combate o artillería pesada, pueden, por ejemplo, infligir golpes tácticos que tienen repercusiones estratégicas” (p. 653). Son “unas guerrillas que [sic] suficientemente poderosas tanto en el uso de la fuerza como en el manejo de sus ingresos, lúcidas en la narrativa y en la renovación del discurso ideológico, y dotadas de una inteligencia estratégica remarcable” (p. 654).

Por un lado, el Estado busca “perfeccionar un sistema de gobernabilidad democrática” (p. 659) y alcanzar el monopolio de la fuerza. Para el autor, existen diferencias en la conducta entre los agentes que componen el Estado. Por ejemplo:

Las Fuerzas Armadas en general, y las Militares en particular [han entendido] perfectamente la diferencia entre “contención del comunismo” y “contención del terrorismo”, de tal suerte que protegiendo al ciudadano y fortaleciendo los valores de la democracia liberal, ellas fueron autorregulándose en un interesante ejercicio de homeostasis operacional, transformación y anticipación estratégica (p. 661).

Y también existen dentro del Estado funcionarios públicos y congresistas que actúan de otra forma, incluso, asumiendo posturas y actitudes contradictorias que le han facilitado “las tareas de la subversión”, debido a la búsqueda de estrategias de juego iniciativas antisubversivas —tradicionales y experimentales—.

Por otro lado, las guerrillas que intentan “fortalecer sus posiciones y la lucrativa explotación ilegal de recursos escasos, [y] socavar la democracia y conducirla hacia un esquema institucional propio del autoritarismo marxista” (p. 654). Dice Torrijos de las guerrillas que su actitud es penderciera, su conducta agresiva, la violencia es indiscriminada y generalizada, y sus prácticas predatorias y destructivas (p. 658-660). Su “principal característica es que han privilegiado la rapacidad y el terrorismo como método de lucha revolucionaria e interacción política” (p. 655). La guerrilla usa “acciones terroristas” destinadas a “ejercer influencia local, regional o transfronteriza a cualquier costo, o sea, afectando a la población civil en su conjunto” (p. 653). Su estrategia de juego es ir “desde lo local hacia las regiones para realimentar de nuevo los escenarios microlocales pasando antes por los complacientes regímenes revolucionarios del vecindario, y así sucesivamente [modelo de conflicto centrífugo-centrípeto]” (p. 654).

Finalmente, se describe la dinámica evolutiva del juego, que va desde el origen hasta los resultados. Torrijos divide su exposición en tres etapas: en la primera analiza el origen del juego —inicio del conflicto armado interno—; en la segunda, la dinámica del juego —evolución del conflicto—; y en la tercera, la matriz de pagos —los resultados—. Sobre cada uno de estos tres momentos se puede sintetizar la postura del comisionado de la siguiente manera:

Esta larga tradición de estudios de conflictos armados desde la biología...

Estado y guerrillas se diferencian en los propósitos específicos y su naturaleza, pero se igualan en cuanto al comportamiento racional y estratégico que tienen y a la situación de empate militar. Para Torrijos, las fuerzas subversivas: “[...] a pesar de no contar con aviación de combate o artillería pesada, pueden, por ejemplo, infligir golpes tácticos que tienen repercusiones estratégicas” “ ”

...los investigadores del conflicto militar —salario de los soldados—

